

Mario Guzmán Galarza: Memoria de un latinoamericanista

Pedro González Olvera

NOTAS Y COMENTARIOS

El 25 de marzo de este año, murió en la ciudad de México uno de los hombres que, con mucha razón y justicia, puede ser considerado como auténtico latinoamericano. Se trata de Mario Guzmán Galarza, quien murió en Bolivia, y dedicó buena parte de su fecunda vida a promover la unión y la fraternidad entre todas las naciones de América Latina.

Desde muy joven demostró su vocación política, buscando siempre que la región de la que era originario siguiera su propio camino libre de ataduras coloniales y neocoloniales. En tal sentido, se destacó como dirigente estudiantil de su país, ocupando la secretaría general de la Confederación Universitaria Boliviana como miembro de la juventud revolucionaria del Movimiento Nacionalista Revolucionario de Bolivia. Sin duda, fue ahí en donde empezó a forjar sus primeras ideas acerca de la necesidad de un nuevo tipo de nacionalismo en los países al sur del río Bravo. Mario Guzmán Galarza soñaba y, en la manifestación de una inteligencia superior, luchaba por una única patria que al mismo tiempo que soberana en lo interior y exterior, fuera capaz de dotar con una vida mejor a todos sus ciudadanos.

Cuando en 1952 las masas populares bolivianas llevan al poder al Movimiento Nacionalista Revolucionario y Víctor Paz Estenssoro

ocupa por primera vez la presidencia de Bolivia, Guzmán Galarza juega un importante papel. Primero como titular del ministerio de Educación y luego como ministro secretario general de la presidencia de la república, participa de manera decisiva en la reforma agraria y en la nacionalización de las minas de estaño.

Ambas medidas constituyen un duro golpe para la "rosca" boliviana, es decir la oligarquía, que nunca antes había sido tocada en sus intereses más elementales. Por ello, 1952 es un hito en la historia del país andino y el pueblo boliviano lo toma como un punto de referencia imprescindible cuando se trata de realizar un recuento de sus luchas.

Diez años más tarde, en 1962, Mario Guzmán Galarza llegó a México como embajador de su país, cargo en el que duró hasta 1964, toda vez que un golpe de estado interrumpió las funciones del gobierno que representaba.

Ante el exilio forzado no se amilanó ni se frustró, al contrario asume con congruencia los principios de su latinoamericanismo, se integra de lleno al ambiente mexicano y se dedica a la docencia en la Universidad Nacional Autónoma de México y al ejercicio del periodismo.

Como profesor de historia, política y gobierno de América Latina, en la Facultad de Ciencias Políticas

y Sociales, se distinguió pronto por la férrea pasión con que incitaba a sus alumnos para que conocieran a fondo los problemas de la región.

Sus clases, además de verdaderas cátedras de historia latinoamericana, fueron fuentes de enseñanza para todos aquellos que alguna vez pasaron por ellas. El contagioso entusiasmo con que invitaba a los estudiantes para que fueran conscientes de sus raíces históricas, no era menor a su compromiso político, siempre atento a las mejores causas de las masas populares que luchan por su liberación, lo que queda demostrado igualmente con sus innumerables artículos periodísticos, trinchera desde la que aboga por conseguir la integración de América Latina.

En 1984 volvió a ocupar la embajada de Bolivia de México como representante del gobierno de Hernán Silez Suazo. Pero, en un nuevo acto de congruencia, Guzmán Galarza creyó conveniente renunciar y deslindarse de ese gobierno cuando pensó que se había desviado de sus propósitos originales.

A la hora de su muerte, el Centro de Relaciones Internacionales quiere rendir un sencillo homenaje a Mario Guzmán Galarza, representante de toda una generación de forjadores de la nacionalidad latinoamericana. Descanse en Paz.